

Fragmentos del día más aburrido de toda la historia

Samuel Barrera

Un día tomé la decisión de cambiarme de casa por los problemas que había tenido. Salí y cogí el primer taxi que pasó por el frente. ¿Pa dónde va?, me preguntó el taxista. Para la notaría, respondí. El taxista sacó de su guantera un libro llamado *La ciudad y los perros*, me lo pasó y preguntó si lo había leído, le dije sí, es bueno, pero tiene un contenido pesado. Yo no creo eso, ¿sabe? —me dijo—, el autor solo quería expresar sus sentimientos. —Sí, tiene toda la razón, le respondí con voz tartamuda. Tal vez el contenido es pesado para aquellas personas que no han sido entrenadas para ese tipo de literatura. Páseme el libro, me dijo. Se lo alcancé, lo guardó en su guantera y me preguntó — ¿qué va a hacer en la notaría? —Me voy a cambiar de casa, respondí. — ¿Por goteras? —No, es por los vecinos. — ¿Vecinos? No veo el problema, si lo molestan lo único que debe hacer es reportarlos con el portero y, en caso de que sigan en las mismas, hablar con el administrador para que les dé su merecido; y si no hacen nada, toca ver cómo resolver el problema por nuestra cuenta, eso sí, sin violencia. —Llegamos, dijo deteniendo el automóvil, le entregué el dinero de la carrera, le di las gracias, cerré la puerta e ingresé a la notaría.

Cuando mi madre y yo ingresamos al museo agarré su mano y la apreté con todas mis fuerzas, cosa que ni se notaba, debido a que era la fuerza de un niño de tres años. La primera pintura a la que nos acercamos fue la *Monna Lisa*, luego a una de arte abstracto que llevaba el nombre de *El campo*

de las cruces. El cuadro tenía un fondo blanco nube, con cruces rosadas cayendo en picada, su autor era Aramis Cornufotroela Lleniatel.

Luego de que Juan sirviera el agua mezclada con pintura, brindamos por haber perdido nuestra virginidad. Al terminar nos desmayamos. Al otro día fuimos encontrados por nuestras madres quienes nos llevaron al hospital; cuando nos curamos obtuvimos una buena paliza.

El aburrimiento estaba devorándonos, así que nos pusimos a leer el periódico; después de horas de lectura encontramos los números de un par de prostitutas, Liñas y Arna, así que enseguida llamamos. En la noche propuse que brindáramos en el ático con agua mezclada con pintura por haber perdido la virginidad, Juan accedió y al rato llegaron las prostitutas.

Meses después vagaba por las calles en busca de comida. Al rato encontré a un busetero que descansaba al lado de su buseta. —¿Qué haces por estos lares, pequeño?, me preguntó, —y a usted qué le importa, viejo asqueroso de mierda, le grité. —¡Ay, tranquilo, pequeño, yo solo quería saber por qué estabas solo! —Yo no soy un pequeño, tengo trece, grité. —Bueno, joven, perdóneme. ¿Qué hace usted por aquí tan solito? Al instante le respondí con amabilidad: —me metí con una prostituta y mi madre me echó de casa ¡injustamente! —¿Cómo así que

injustamente? Tu madre tenía todas las razones del mundo para echarte. Meterse con prostitutas, ¡ja!, eso es algo que no hace nadie, ni siquiera yo, dijo el busetero. —¡Yo sí lo hago!, gritó un hombre que pasó por el frente. —¡Pues serás el único!, respondió el busetero. —Te equivocas, yo también lo hago, dijo otro hombre. —Yo igual y yo también, y así fue gritando toda la cuadra hasta que se metió al coro de gritos una mujer excusándose en que era lesbiana. Oye, ¿no querrás subir a la buseta y una vez allí me sigues contando todo? ¡Sí!, exclamé.

Mientras andábamos en la buseta, Ernesto, el busetero, me preguntó si creía que mi madre me recibiría de nuevo en casa. —No, no lo creo, respondí. —Yo sí creo que te va a recibir, ¿qué tal si le echamos una intentada?, solo dame la dirección de tu casa y en menos de lo que canta un gallo ya estamos allá, dijo Ernesto. Se la di y oímos un gallo que cantó. Ernesto miró arriba e hizo cara de incómodo. Después de estar andando por las calles durante horas, llegamos a mi casa, timbramos y al rato nos abrieron la puerta. Con el simple hecho de verme, nos la cerraron en la cara, entonces Ernesto dijo tranquilo yo te cuidaré. Y así fue. Ernesto me crio bajo el techo de una buseta, me amó con toda su alma y corazón, como si fuera su propio hijo, dándome todo lo que estaba a su alcance.

Al pasar los años, yo había tomado la decisión de ser policía. En mi primer día de trabajo no me fue nada bien, me agarré a puños con un indigente, porque estaba golpeando a la gente con un bastón. Por ello me echaron del trabajo. Después de once años, me casé con una señora que tenía como nombre Viviana, cuatro años después tuvimos dos hijos gemelos. Treinta años más tarde, Viviana falleció por una enfermedad que le dio en el corazón. Cuando quedé viudo, me fui a vivir a un apartamento en el municipio de Chanchimakato, y luego de seis meses peleé con los vecinos, por lo cual me cambié a un apartamento chico.

Al llegar a la notaría vi que había una fila larga sin preferencia para los mayores como yo. El viernes 10 de agosto del año 1984 nací y fui bautizado bajo el nombre de Danilo Albareciño; cuando cumplí tres años, mi madre me llevó a un museo de pintura y al ingresar me atemorizó mucho. En la exposición, la pintura más popular entre todas era *El campo de las cruces*. Cuando cumplí trece años, junto con mi amigo Juan, le robamos los zapatos a un niño, por lo

cual fuimos castigados. Nos metimos con prostitutas y brindamos con agua mezclada con pintura, por haber perdido la virginidad. Por eso estuvimos hospitalizados durante tres meses y al salir del hospital me echaron de casa. Juan fue enviado a vivir con su padre. Cuando cumplí 89 años enfermé de gravedad, razón por la cual me encuentro aquí bajo su cuidado; aunque usted es uno de los mejores médicos del país, eso no me da garantía de lograr salir de esta, por ende, le cuento mi historia.

La fila se movía con la rapidez de un caracol. El silencio era tan grande que me sentía en un hogar de sordomudos. La grandeza del aburrimiento era semejante a la altura de una ballena azul y el tiempo pasaba muy lento. Luego de un rato, ingresé a la sala de espera, comencé a andar de un lado para otro y el aburrimiento me iba seduciendo. Luego de tres horas me llamaron para que fuera a la recepción. Una vez ingresé me hicieron firmar una hoja en la que se sustentaba el cambio de hogar. La firmé, agradecí, me despedí y así me retiré de la notaría.○